

do á una de las habitaciones de su palacio, y estuviera encadenado hasta el momento de su partida á España.

Lo primero que hizo el indio al verse aprisionado, fué llamar á Ojeda.

—Yo te perdono,—exclamó al verle,—el lazo que me has tendido, y no guardo rencor alguno. Eres un valiente; al valor reunes la astucia; tu poderoso genio me admira; yo te perdono y soy tu amigo.

Caonabo hablaba con sinceridad.

Ojeda á sus ojos era un sér sobrenatural.

Dos dias despues llegaron noticias á la colonia, y por ellas se supo que los indios, acaudillados por un hermano de Caonabo, se dirigian resueltos á buscar á los europeos para tomar venganza de la prision del cacique.

Por de pronto, lo que más amenazado estaba era el fuerte de Santo Tomás.

Ojeda acudió á defenderle con nuevos refuerzos, mientras el almirante llamaba en torno suyo á Guarionex y á Guacanajari para pedirles que le ayudasen á pacificar la isla, dándoles seguridades de que no peligraba la existencia de Caonabo.

## Capitulo XXI.

### El valor de la desesperacion.

El presentimiento de Anacaona se habia realizado.

Al ver á los guerreros que regresaban:

—¿Y Caonabo? ¿Y mi esposo?—preguntó á su caudillo.

—Nos ha mandado volver, porque confia en la lealtad de los españoles.

—No abandoneis las armas aún,—exclamó Anacaona;—mi corazon me dice que tendreis que esgri-mirlas bien pronto para vengar á vuestro rey.

Los indios estaban tristes.

Anacaona abandonó su rústico palacio, y al ver á los ciguayos que con Umatex se dirigian á la montaña:

—¿Y también Umatex ha abandonado á su amigo y señor?—preguntó.

—Caonabo le ha mandado retirarse, y á pesar suyo, corre á encerrarse con sus gentes en la montaña donde habita.

—¡Pobre esposo mio!—pensó la india.

Y siguió avanzando.

Poco despues vió llegar á los indios que habian acompañado á Caonabo en precipitada fuga.

—¡Deteneos! ¿Dónde esta Caonabo?

—Los extranjeros se lo llevan.

—¿Qué decís?

—Le han colocado en uno de sus mónstruos, y han partido con él con la velocidad de la flecha.

—¿Y le habeis abandonado á la negra traicion de sus enemigos?

Los indios no pronunciaron una sola palabra.

Estaban consternados.

Anacaona volvió precipitadamente á buscar á Manicaotex, hermano de Caonabo, y uno de los más bizarros guerreros.

—Manicaotex,—le dijo,—la maldicion de Vaguaniana ha caido sobre nosotros. Los españoles, por medio de la astucia, se han apoderado de Caonabo; le llevan prisionero, y serán capaces de clavar en su pecho un dardo envenenado, y Anacaona llorará á su esposo, Higuanamotá á su padre.

—Calma tu pena,—contestó Manicaotex;—yo le salvaré de las garras de nuestros enemigos.

Y reuniendo á los indios:

—Seguidme todos á salvar á Caonabo,—exclamó.

La ira ardia en las venas de aquellos soldados.

En sus ojos brillaba un resplandor siniestro.

Todos prorumpieron en gritos de guerra y de venganza.

Poco despues, armados y resueltos á morir ó á salvar á Caonabo, se dirigian á la Vega Real para apoderarse de todos los fuertes que habian construido los españoles, y llegar á la Isabela á darles la última y decisiva batalla.

Anacaona, entre tanto, mandó emisarios á todos caciques para anunciarles su desdicha.

Todos los sentimientos de su corazon se habian confundido en uno solo: en el de la venganza.

Los caciques acudieron á su llamamiento, se cogieron contra los extranjeros, y ella misma estaba resuelta á guiarlos al combate.

Manicaotex, al frente de siete mil hombres, llegó secretamente á las cercanías de Santo Tomás, deseando sorprender á sus defensores.

Era tarde.

Ojeda, con un gran refuerzo, habia llegado á defender el fuerte.

Uno de los principales deseos del caudillo indio era apoderarse de la mayor parte de los españoles que habia en el fuerte para cangearlos por sus hermanos; y si era tarde, si sus enemigos habian dado muerte á Caonabo, vengar en ellos su indignacion.

No tardó en convencerse de que tenia que renunciar á sorprenderlos.

Temeroso Ojeda de tener que sostener un sitio tan largo como el anterior, dejó en la fortaleza un puñado de valientes, y con los demás resolvió salir al encuentro de los indios, para atacarlos en campo raso y darles allí la batalla y vencerlos.

Manicaotex, á pesar de su ignorancia en la táctica militar, habia ideado el mejor medio de utilizar sus tropas.

Formó con ellas como divisiones ó columnas, y las sitió convenientemente para que una á otras pudieran prestarse auxilio, y para que á su vez dividieran las fuerzas.

Esto, que peleando con un caudillo ménos audaz que Ojeda hubiera dado grandes resultados á Manicaotex, le perjudicó en extremo.

Ojeda comprendió en seguida sus planes.

—Desbaratando una columna,—dijo,—las otras se pondrán en fuga.

Averiguó cuál era la que mandaba Manicaotex.

Dirigiendo hácia él sus pasos, le halló al pié de la Cuesta Rasa; como siempre, invocó el nombre de la Virgen su patrona, y mandando avanzar la caballería á través de la nube de flechas que caía sobre ellos, se arrojó furiosamente sobre Manicaotex y los demás, que no pudieron resistir á su empuje, arrojaron las flechas y se pusieron en precipitada fuga: muchos quedaron en el campo, otros huyeron, comunicando su terror á los que formaban las demás columnas, y no pocos quedaron prisioneros.

Manicaotex buscó á Ojeda.

Este, al verle, saltando del caballo y arrojando sus armas, trabó con él cuerpo á cuerpo una deses- rada lucha.

El indio cayó á sus piés, y atándole Ojeda los brazos, le envió prisionero con otros muchos á la colonia, mientras que sus soldados reposaban en el fuerte de las fatigas de la lucha y saboreaban aquel segundo triunfo.

---

## Capítulo XXII.

---

Un rayo de luz.

Manicaotex llegó á la Isabela con el destacamento que para acompañarle despachó Ojeda, y Colon dispuso que inmediatamente fuese llevado á bordo, sin que pudiera comunicarse con sus hermanos.

En otras circunstancias, aquella nueva victoria hubiera servido de gran satisfaccion al almirante.

Pero entonces tenia el deber de resolver una gran dificultad.

Los víveres que le habia llevado Bartolomé se habian consumido; aquellas luchas parciales retardaban la exploracion del Cibao, que era uno de los mayores deseos de todos los colonos, y habian vuelto á caer en el abatimiento, sin que toda la energia de Colon y de

su hermano Bartolomé bastase á calmar la ansiedad de sus compatriotas.

Por otra parte, no podia desechar Colon un solo instante de su imaginacion la idea del daño que podian hacerle los que, burlando su vigilancia, se habian dado á la vela para España en una de las embarcaciones de Bartolomé.

Era necesario de todo punto enviar á los reyes nuevos informes, nuevos testimonios de la importancia del descubrimiento, para contrarestar el mal efecto de las calumnias de Pedro Margarite y del padre Boil.

Este último, ligado íntimamente con Fonseca, gozaba de muy buena reputacion, y su carácter de eclesiástico era una garantía que podia pasar en contra de Colon de una manera desfavorable.

El almirante deseaba enviar á su hermano Diego.

¿Pero cómo?

¿Con qué víveres se entregaba á las olas para pasar cincuenta ó sesenta dias en medio del Océano?

Los frutos de la colonia no eran bastantes para sostener á los marinos, y Colon veia pasar los dias contemplando á sus enemigos, gozosos por acercarse á su patria, y más gozosos aún por desprestigiarle á los ojos de los soberanos.

En medio de esta zozobra, apiadada la Providencia de su situacion, le envió el remedio.

Una mañana muy temprano divisaron á lo lejos en alta mar los que cuidaban de las embarcaciones

cuatro puntos negros, que á medida que avanzaban alegraban su corazon.

Eran cuatro buques españoles, que al medio dia llegaron al puerto y desplegaron la bandera.

Inmediatamente pasó el almirante á reconocerlos, y con inmensa alegría supo que aquellas cuatro carabelas iban cargadas de provisiones al mando de Antonio de Torres, que llevaba además para él despacho de los reyes.

Al recibir aquellos pliegos tembló Colon.

Aún no habia tiempo de que hubieran llegado los conjurados; pero habiéndose fugado el padre Boil y Margarite, ¿no podian sus enemigos haber catequizado á Gorbalan y á Aguado para que hablasen en contra suya?

Mientras los tripulantes de las embarcaciones recién llegadas abrazaban á sus hermanos y alegraban su corazon, dándoles noticia de su familia y de sus amigos; mientras en medio de la alegría general se trasladaban á tierra las provisiones que habian llegado á bordo, Colon llevó á su palacio á Antonio de Torres, leyó las cartas que le enviaban los reyes, y reunió á los personajes más notables de la colonia para comunicárselas.

Nada más satisfactorio para él que aquellos despachos.

Sus majestades le enviaban cariñosos plácemes por los triunfos que habia obtenido; se manifestaban contentos del resultado de sus exploraciones, mucho más de las promesas que les habia hecho en su Me-

moria de poder enviar grandes cantidades de oro en otra expedicion, y le daban al mismo tiempo una noticia muy satisfactoria.

Era tal el interés que tenian por saber á menudo lo que sucedia en la isla, que habian resuelto enviar todos los meses un buque á la colonia con provisiones, encargando á Colon que á su vez despachase otro en el mismo plazo con las noticias de los descubrimientos que hiciera.

No era ménos grata para el almirante la nueva que le comunicaban de haberse terminado amistosamente todas las diferencias que existian entre España y Portugal.

La línea divisoria que habia establecido el Papa le agradaba en extremo.

Los reyes, deseando que Colon presenciara el acto de establecer aquella línea, le mandaron regresar á España con este objeto, y le encargaban que, en el caso de no poder salir de la colonia, enviase á su hermano Bartolomé, ó á otra persona de su confianza, con los datos precisos para llevar á cabo tan importante empresa.

Otro de los documentos de que Antonio de Torres habia sido portador, era una carta de los reyes, dirigida á todos los habitantes de la colonia, encargándoles la mayor obediencia y acatamiento á Colon, en el que debian ver la imágen suya, conminando á los que faltasen en lo más mínimo á estos deberes á la multa de mil maravedis por cada ofensa.

Antonio de Torres añadió que los soberanos ha-

bian expedido órdenes para facilitar el pasaje hasta las tierras descubiertas, con el objeto de colonizarlas pronto y bien.

No era posible esperar de los reyes comunicaciones más lisonjeras que aquellas.

Era, pues, necesario enviar cuanto antes noticias del estado de la colonia y grandes cantidades de oro que atestiguaran la verdad de los informes que dieron sus enviados.

De buena gana hubiera accedido á sus deseos, poniéndose en camino para asistir al trazado de las líneas divisorias entre España y Portugal.

Pero la necesidad de su presencia en la colonia le impidió realizar este deseo.

No queria desprenderse, por otra parte, de su hermano Bartolomé, cuya energía ingenio y consideracion podian serle muy útil.

Resolvió, pues, enviar á Diego.

Reunió grandes cantidades de oro, recogió además varias muestras de otros metales, y con ellas algunos frutos, diversas plantas y las más preciosas aves, con lo cual llenó los buques que debian darse á la vela.

Al mismo tiempo dispuso que fueran á bordo quinientos prisioneros indios, para que se vendieran en Sevilla é ingresase su producto en las arcas del Tesoro (A).

Aconsejéronle que envasen á Caonabo; pero Colon no quiso.

En su palacio se le trataba, á pesar de estar pri-

sionero, con los mayores miramientos, y lo mismo para la paz que para la guerra, podia servirle de mucho.

Se proponia manifestar á los indios que si cesaban las hostilidades, al cabo de algun tiempo, cuando estuviera convencido de su amistad, dejaria libre á Caonabo.

Si esto no bastaba, y por casualidad alguno de los jefes de la colonia caia en poder de los indígenas, podia servirle para el rescate.

De cualquier modo, resolvió que se quedase allí.

A los pocos dias de la llegada de Torres estaba todo dispuesto para su regreso con Diego Colon.

El hermano del almirante debia acompañar á Isabel Monteagudo, que desde la desaparicion de Alonso Velez habia permanecido subyugada por el peso de su desdicha.

Debía tanto á Colon, que durante su enfermedad no quiso separarse un solo instante de su lado.

Alonso habia logrado convencerla de su arrepentimiento.

Su corazon se habia abierto de nuevo á la esperanza.

El desengaño que sufrió fué terrible.

Al pronto deseó la muerte.

Pero despues, más encarnecida que nunca, deseó la vida, resuelta ya á no volver á creer en sus falsos halagos, y á satisfacer la sed de venganza que la devoraba.

Era natural que muy pronto saliese alguna expedición con rumbo á España.

Si Colon la veia agitada, si adivinaba el rencor que ardia en su corazon, no la dejaria partir.

Aparentó una calma, una resignacion que no tenia.

Cuando llegó el momento, suplicó al almirante que la concediese su promesa de volver á España.

Colon accedió á sus ruegos.

Le dió una carta para los reyes, pidiéndoles que la hiciesen justicia y que la consideraran.

Diego abrazó á sus hermanos.

Los colonos más enfermos fueron trasladados á bordo.

Sonó el cañonazo de leva, y las embarcaciones partieron.

Iban á llegar tarde.

Las víboras que habia alimentado Colon en su pecho habia arrojado ya el veneno que debia amargar los últimos años de la existencia del ilustre marino.

La actitud de los indios obligó á Colon á pensar seriamente en los medios de contenerlos.

En vez de apaciguarse al verse sin jefe, la ira ardia en su pecho, la sed de venganza les devoraba.

Vamos á ver qué es lo que habia hecho Anacaona.

---

## Capítulo XXIII.

---

### Entereza de Caonabo.

La derrota de Manicaotex aumentó la desesperacion de la esposa de Caonabo.

Aquel nuevo golpe que habian sufrido sus guerreros les inhabilitaba por algun tiempo para esgrimir las armas contra sus enemigos, y la reina india, más enamorada que nunca de su esposo, necesitaba rescatarle.

¿Qué podia hacer para conseguirlo?

Resuelta á todo, sin decir nada á nadie, ni aun á su pobre hija, á quien confió al cuidado de una de sus más fieles servidoras, con seis indios abandonó precipitadamente su palacio de Xaragua, y á través de las espesas selvas se encaminó hasta la fortaleza de Santo Tomás.